

GABRIELA MISTRAL, LA HABANA, ENERO DE 1954

Osmar Sánchez Aguilera¹

Resumen

Atraída hacia Cuba “a causa de lo que le debo a su escritor fundamental [...] y, además, porque su pueblo siempre me dio una acogida generosa”, Gabriela Mistral llegó a crear redes muy perdurables entre la intelectualidad cubana, de las que formaron parte no solo los más atentos al estudio y la divulgación del legado martiano, sino también escritores emergentes, escritores-diplomáticos, periodistas y sencillos oficiantes del magisterio o de la música. Indisociables de esas redes fueron sus visitas a ese país entre las décadas de 1920 y 1950 (así como algunas realizadas a ella desde Cuba). Aunque lo aceptado entre estudiosos es que tales estadías fueron solo cuatro, incluida la escala de 1922, hay muchos indicios que apuntan a que la intelectual chilena, ya sexagenaria, volvió a la Habana un año después de su mediática visita oficial de 1953, con la opción abierta de establecerse allí. Esa última estancia, empero, tuvo un desenlace muy atropellado debido, en parte, a ciertas secuelas indeseadas del Premio Nobel.

Palabras clave: Gabriela Mistral, Cuba, redes intelectuales, 1954, Premio Nobel.

GABRIELA MISTRAL, HAVANA, JANUARY 1954

¹ Cubano, Universidad de la Habana, correo electrónico: osaguilera@yahoo.com

Abstract:

Attracted to Cuba "because of what I owe to its fundamental writer [...] and, furthermore, because its people always gave me a generous welcome", Gabriela Mistral came to create long-lasting networks among Cuban intellectuals, which included those most attentive to the study and dissemination of Martí's legacy, but also emerging writers, writer-diplomats, journalists, and ordinary teachers and musicians. Inseparable from these networks were her various visits to that country between the 1920s and 1950s (as well as some made to her outside the country). Although it is accepted among specialists that these visits numbered only four, including the stopover in 1922, there are many indications that the widely followed Chilean intellectual, now in her sixties, returned to Havana a year after her highly publicized official visit in 1953, with the option of settling there. That last stay, however, had a very turbulent outcome due in part to certain unfortunate sequels of the Nobel Prize.

Keywords: Gabriela Mistral, Cuba, intelectual networks, 1954, Nobel Prize.

A Esperanza García Aguilera, *i.m.*, madre por
extensión y matria en persona.

“No hay ningún habanero más martiano que su colega de Chile; los mejores martianos de la Isla viven en el mismo clima de mi culto del Maestro, y no más”². Con tanta convicción proclamaba Mistral la que bien podría llamarse su devoción martiana, aun antes de haber expuesto por primera vez sobre Martí en Cuba. Provocada por un artículo cubano que pretendía defender a Martí de cierta lectura propuesta por ella a inicios de 1930, Gabriela respondió con una carta equivalente a una declaración de principios en la que, además,

² Carta al *Diario de Cuba*, 20 de mayo de 1930 (Mistral, 1930). La mayoría de cartas y demás documentos personales consultados proviene de la Biblioteca Nacional Digital de Chile, en la sección de Archivo del Escritor reservada a Gabriela Mistral, donde a cada documento se le asignó un número. En el cuerpo expositivo del presente artículo estos se identifican solo por el apellido de su emisor y el año de su elaboración. Cuando haya más de una carta de un mismo emisor correspondiente a un mismo año se añadirá una letra que indica su antigüedad según la secuencia del abecedario. Caso aparte son las cartas (o borradores) de Gabriela Mistral por no estar fechadas varias de ellas ni siquiera con el año.

desplegaba su hoja de servicios martianos remontándola a varios años antes de su primera salida del país natal:

Cuando usted, por casualidad, halle diarios viejos de Chile, es probable que encuentre en artículos míos el nombre de Martí citado con más frecuencia que cualquier otro de la América, así sea el de Rubén Darío, y citado con una admiración total que, repito, no se queda un paso atrás de la admiración suya o de cualquier otro cubano representativo (Mistral, 1930).

Indicativo de toda una orientación en su trayectoria es que Martí fuera citado ya entonces más que su admirado Rubén Darío. La antigüedad ahí sostenida cuenta con un sólido respaldo en su carta de 1920 a Federico Henríquez y Carvajal, en la que ella expresa lo familiar que era Martí en sus clases de liceo, así como su extrañeza ante el hecho de que este fuera menos conocido en Sudamérica que José Enrique Rodó o Juan Montalvo: “me asombra el que en nuestra América austral no se dé a Martí la significación que tiene y no sea un nombre tan alto como los de Montalvo y Rodó” (en Quezada, 2017, p. 103)³.

Entrañablemente relacionada con otras facetas fundantes de su propia imagen intelectual, como su extraordinaria vocación de poeta –más que poética– o su latinoamericanismo, o su activismo en defensa de mujeres y niños, y, muy de la mano con ello, su interés en la construcción de culturas de paz, la definitiva devoción martiana de Gabriela Mistral actuó como estímulo aun de otras facetas suyas menos notadas como, por ejemplo, la crítica literaria. Al respecto, bastaría consultar la cifra de esa predilección –sostenida durante toda su trayectoria madura– que viene a ser su ensayo-conferencia “La lengua de Martí” de 1931 para coincidir en las dotes que tuvo Mistral también para la crítica literaria. No por casualidad ese penetrante, intuitivo y muy personal acercamiento a la obra del heroico polígrafo cubano supuso una inflexión en el rumbo de la tradición de estudios centrada en este.

³ Ese fragmento de la carta aparece también en la sección “Cuaderno de Santiago (1921)” de su diario íntimo. Cf. Mistral (2020, p. 101).

Atraída hacia Cuba por José Martí⁴, se entiende que fuera por sus estudiosos que Gabriela Mistral empezara la estrecha vinculación que llegó a tener con la intelectualidad cubana, muestra de lo cual –a la vez que medio ideal para ello– fueron sus varias visitas a ese país. Durante cuatro décadas estuvo viajando Mistral a Cuba, desde la de 1920 hasta la de 1950, o, con más precisión, desde el año de su primera salida de Chile hasta el de su último regreso al país natal: 1922, 1931, 1938, 1953 y presumiblemente 1954, como si Cuba hubiera sido un punto de escala obligatoria entre ella y su patria, no solo en su salida inicial. Únicamente en la década de la Segunda Guerra Mundial (pronto reemplazada por otra llamada Fría), ella no habría viajado a la isla antillana mayor: la de 1940, marcada en su vida personal por la muy devastadora pérdida de su hijo adoptivo y por la obtención del Premio Nobel, con su agotadora cauda de exposición mediática y también de tensiones a veces muy difíciles de sobrellevar con colegas decepcionados o expectantes en torno a ese reconocimiento.

Aunque el consenso entre quienes se han ocupado de historiar esas visitas apunta a que estas habrían sido cuatro⁵, no son escasos los indicios que respaldan la opción de una visita más, la quinta, con posterioridad a la del centenario martiano. A revisar esta incógnita se dedicarán estas páginas.

Antes de adentrarnos en la revisión de los datos o indicios que puedan confirmar esa posibilidad, habría que conceder que cualquier resistencia acumulada ante esa otra visita sería muy comprensible por más de un motivo. Primero, porque, para alguien que, como la muy célebre-en-vida intelectual chilena, se había relacionado con Cuba a partir de su devoción –más que interés a secas– por José Martí (1853-1895), su presencia en la isla en el año del centenario del natalicio de este representaba un momento climático para completar la parábola de esa relación. Una visita más rompería ese principio básico del buen funcionamiento narrativo.

⁴ “Cuba está entre los pueblos que más amo a causa de lo que le debo a su escritor fundamental, José Martí. Y, además, porque su pueblo siempre me dio una acogida generosa, que no está sumergida en mi memoria de viajera” (Mistral, 2020, p. 265).

⁵ V. gr., Benítez (1998), Depestre (2004), Padrón (2008), Llorach Ramos (2010), Mesa García (2015), Martínez Malo (2015), Quezada (2017), Capote (2017, 2023), entre otros.

No por evidente menos atendible al momento de explicar cualquier viso de resistencia a aceptar una estancia más de esta prominente viajera en Cuba es el hecho de que el gobierno que se había impuesto allí por la fuerza de las armas en marzo de 1952, con la consiguiente situación de tensión y polarización que Mistral percibió dentro de sus redes intelectuales durante su visita de 1953, continuaba en esas funciones a inicios de 1954, que es cuando se habría verificado esa otra visita, casi conjetural, por lo discreta, de Gabriela Mistral a la Habana. Añádase a eso que nunca antes habría viajado tan seguido ella a Cuba: enero de 1953, enero de 1954.

Y luego, según intuyo, cuesta admitir que la escritora chilena quedara con deseos de regresar a la isla mayor de las Antillas tras su abrupta salida en febrero de 1953, empujada por un desagradable episodio de incomprensión recíproca con la familia en cuya residencia se había hospedado durante su estancia por el centenario martiano⁶.

El notable deterioro de la salud de la escritora a sus casi 65 años podría ser otro asidero – hasta inconsciente– para resistirse a la sola insinuación de una visita más. Sin embargo, pareciera que el factor salud fue más bien un estímulo, si es que no el estímulo, para ese otro paso de la famosa nómada chilena por Cuba en su propósito de rehuir cuanto le fuera posible los inviernos de Italia, Canadá y Nueva York debido a sus inclementes repercusiones sobre casi todos los desgastes reunidos de su salud. Cálida incluso en invierno, con bastantes zonas arboladas (todavía), hispanohablante, hospitalaria con ella –particularmente entre su red de seguidores martianos–, además de serle ya muy familiar, se entiende su preferencia por esa isla. En efecto, en más de una carta suya a la familia Loynaz-Álvarez de Cañas entre 1952 y 1953, Gabriela había sido bastante explícita en su interés de establecerse en Cuba, so pretexto de una misión diplomática.

Por último, el hecho de que esa visita coincidiera con el año del apoteósico regreso de esta hija pródiga a su país natal, tantos años esperada tras la obtención del Premio Nobel, ha de

⁶ Esa historia, como era de prever, tiene dos versiones... que, además, no siempre coinciden: la de Gabriela Mistral (1889-1957) anda dispersa en más de una carta suya, a veces enviadas y muchas no, de 1953 y 1954; la de Dulce María Loynaz (1902-1997) podría subdividirse, a su vez, en una pública (v. gr., “Gabriela y Lucila”), y otra confidencial (v. gr., su carta a Aldo Martínez Malo de agosto 1976).

haber contribuido también a la escasa perceptibilidad, en términos de biografías, historias literarias y líneas del tiempo institucionales, de esa última visita de Gabriela Mistral a Cuba.

Compartidas esas precisiones liminares, puede pasarse entonces a la revisión anunciada e ir tratando de hilvanar cada una de las evidencias que pudieran confirmar este viaje tan discreto.

Un detalle menor, a juzgar por lo imperceptible que ha resultado entre estudiosos, pero no por lo mucho que puede ayudar a despejar este asunto, es el número de veces que Gabriela Mistral se hospedó en casa del matrimonio Loynaz-Álvarez de Cañas: ¿habría sido una sola, como en general se ha supuesto? Si se revisara, por ejemplo, *Fe de vida*, el libro que Loynaz dedica a evocar el mundo republicano que compartió ella con su segundo esposo, sería inevitable concluir que Gabriela no convivió con ellos más de una vez y que esta fue muy insignificante. Más convivencia habría tenido ella con el referido matrimonio en la versión que de ese hospedaje había ofrecido la propia Loynaz en su conferencia de 1957 a raíz del entonces muy reciente fallecimiento de Mistral, en la que ya solo por eso su figuración no podía reducirse a testimoniar la gracia de un perrito de compañía.

En lo que equivaldría al “envío” o coda de esa conferencia, su autora menciona “nuestro último malentendido” (Loynaz, 2015, p. 128), de donde se infiere que hubo más de uno entre ella y el objeto de su homenaje, pero, claro, ese dato no respaldaría por sí solo la idea de dos estancias de Mistral en esa casa⁷; estancias que, como para reforzar la tendencia mayoritaria a su indiferenciación o superposición en la memoria de sus protagonistas, habrían compartido, además del escenario, dos (o tres) personajes secundarios y hasta un mismo tipo de alojamiento tras la intempestiva salida de las huéspedes invitadas.

En una carta del 1º de agosto de 1976, que es tal vez el documento de su autoría donde aparece más concentrada su versión de “mi rompimiento con Gabriela Mistral” (Loynaz, 2016, p.

⁷ En *La hija del general*, su autor afirma que Loynaz le comentó, a propósito de la experiencia de haber hospedado a Mistral en su casa, que “se pasaba la vida en una perenne discusión porque Gabriela era una mujer muy compleja” (González Castro, 2007 [1991], p. 42). A este boceto añade luego otras pinceladas que podrían haber multiplicado los “malentendidos” entre ellas: “No creía en fórmulas sociales de ningún género; lo mismo dejaba plantado a un ministro que a cualquiera de los visitantes que tenía, cosa que a mí me desesperaba mucho porque yo era muy esclava de todas esas cosas [...]. Me hizo pasar muy malos ratos con eso; de manera que fue un honor tenerla en mi casa, pero un honor que pagué muy caro” (González Castro, 2007 [1991], p. 45). (Agradezco al Dr. David Leyva las copias digitalizadas que me hizo llegar de este libro.)

104) tampoco resulta claro que haya habido más de una estancia de Mistral en esa casa⁸. Sin embargo, en una entrevista concedida a la revista *Bohemia* en agosto de 1981, Loynaz, a una pregunta expresa sobre su relación con la escritora chilena, habló de “las dos temporadas que pasó en mi casa” (Sarabia, 1981, p. 17). Dicho como al paso, y sin ánimo de ampliarlo, toda vez que el objetivo de la entrevista era muy otro⁹, ese dato sería de mucha relevancia para considerar la opción de la visita no historiada. Ciertamente, si el conocimiento personal de estas dos sobresalientes escritoras ocurrió en 1951, cuando la cubana programó esa escala en una gira por Europa para visitar a la chilena en Italia¹⁰, entonces la primera vez que Mistral fue huésped de Loynaz no pudo ser antes de ese año: “Nuestro segundo encuentro fue ya en Cuba”, dirá en esa conferencia de 1957 Dulce María Loynaz (2015, p. 118). Puesto que la primera temporada de la chilena en casa de la cubana fue en el año del centenario martiano, la segunda tendría que haber sido después, tentativamente en 1954.

Con más detenimiento, el dato de que Mistral se hospedó más de una vez en casa de Loynaz y esposo reaparecerá diez años después en el libro *La hija del general*: “Ella se hospedó dos veces en esta casa” (González Castro, 2007 [1991], p. 58). Ahí mismo la autora de *Jardín* aporta un dato bastante singular en torno al número de visitas que habría realizado su colega chilena a Cuba, pues, si bien afirma que esta “había estado en Cuba cuatro veces o quizás cinco”, remonta la primera a 1938, cuando ella “le hizo llegar un ejemplar de su libro *Versos*” (González Castro, 2007 [1991], p. 57).

En una carta a Alfonso Reyes, que puede ser fechada en 1954, Gabriela Mistral despeja cualquier duda sobre la ocurrencia de sus dos estancias en la residencia de Loynaz: “Yo

⁸ A Raúl Mesa García, el estudioso cubano que más en profundidad se ha ocupado de “la relación compleja” entre Mistral y Loynaz, también le había llamado la atención que el nombre de la intelectual chilena no emergiera ni una sola vez en una conversación de hora y media sostenida con la cubana en 1990: “aunque entonces salieron a colación numerosos temas de interés literario y humano, curiosamente el nombre de Gabriela no afloró en ningún momento por parte mía ni tampoco por la de ella” (Mesa García, 2015, s.p.).

⁹ Según lo explicita ella misma en otra carta de ese año a Martínez Malo. Cf. Loynaz (2016, p. 142).

¹⁰ “... hacía yo el viaje de Niza a Portofino solo por el privilegio de estrechar su mano [...]. Y así fue como en los alrededores de ese pueblecito italiano de nombre tan gracioso tuvo lugar nuestro primer encuentro” (Loynaz, 2015, p. 114). Como testimonio de tal primicia queda una entrevista que sostuviera allí con Mistral un periodista de la revista *Carteles* (Cf. Valdés de la Paz (1951) y también Fuenzalida y Farías (2024)). Integrante de esa comitiva era una amiga de Loynaz que declamaba poemas suyos y había publicado ya un primer comentario sobre la todavía inédita novela *Jardín*, por lo que se impone pensar que se trataba de una gira promocional de la escritora cubana.

conocía a mi invitante, la poetisa *Dulce* [sic] María Loynaz, por un viaje pasado a Cuba” (Vargas Saavedra, 1991, p. 216). Si, como ya había apuntado, ambas se conocieron personalmente hacia mediados de 1951, y no en La Habana, el “viaje pasado a Cuba” es el del centenario martiano y, por tanto, el otro viaje, el implícito, tendría que ser el de 1954.

Las cartas intercambiadas entre ellas en diciembre de 1953 dejan muy en claro la inminencia de un viaje de Gabriela a Cuba: “Le escribo en un día antes de partir hacia Cubita bella. [...] Tal vez Ud. sabe que pedí ir a Cuba. Voy a su Cuba por dos únicas cosas: hablar con Ud. todas las veces que pueda hacerlo y buscarme –por mí misma– ese rinconcito de pastos y arbolitos” (en Benítez, 1998, p. 122). Esa carta que había sido registrada sin fecha por Jorge Benítez en su compilación pionera reaparece en la de Jaime Quezada (2017, p. 134) con una fecha puesta entre paréntesis luego de la firma de su emisora. Tanto la posposición de la fecha como los paréntesis permiten inferir que esa datación no es firme o comprobada: se trata de una conjetura del compilador, probablemente inducida por el anuncio de viaje con que inicia la carta, y convencido además de que su compatriota habría ido a Cuba solo en cuatro ocasiones, en cuyo caso tal anuncio no podría corresponder sino a la última. Sin embargo, un enunciado como “Tal vez Ud. sabe que pedí ir a Cuba” podría ser suficiente para invalidar la fecha atribuida ahí a esa carta, por cuanto su emisora alude a una destinación diplomática solicitada por ella, de la que el matrimonio Loynaz-Álvarez de Cañas no solo estaba muy al tanto, sino también había sido gestor, mediante reuniones y conversaciones telefónicas, incluso con el embajador de Chile en Cuba¹¹.

Adicionalmente, habría que considerar que para la visita del centenario martiano Gabriela no pidió ir a Cuba: fue invitada principal, por lo que el sondeo de su disponibilidad, la solicitud de autorización y licencia para el viaje por los canales diplomáticos, la tramitación de las visas (cubana y estadounidense) para ella y su acompañante, y demás gestiones anexas, tuvieron que estar en marcha desde 1952. De valor argumentativo no menor en esa carta son los propósitos personales declarados para la visita: “hablar con Ud. todas las veces que pueda

¹¹ En carta del 22 de noviembre de 1953, Loynaz informa a Mistral sobre “las gestiones realizadas por Pablo cerca de su Embajador aquí, para proporcionarle ese sitio ideal y un poco difícil que Ud. quería en Cuba. (Loynaz, 1953c).

hacerlo”, lo que, después de la interrupción abrupta de su estancia previa, pudiera tomarse como un indicio de buena voluntad o incluso de compensación; y en cuanto a la búsqueda por sí misma de un sitio a su medida para establecer su residencia en Cuba, esa tarea no parecería muy compatible con la agenda de alguien que había sido invitada en calidad de “huésped de honor” y había estado tan solicitada por la pléyade de sus innumerables admiradores personales e institucionales, como fue su caso durante la estancia de inicios de 1953.

Desde luego, que esa carta no corresponda a un anuncio de su visita de enero de 1953 no significa que tenga que corresponder al anuncio de la presumible visita de 1954, pues, después de haber estado en Cuba con motivo del centenario martiano, hubo otros conatos y sondeos de Gabriela para volver durante ese mismo año, vinculados con su posible destinación consular a Santiago de Cuba.

Una carta de Dulce María Loynaz fechada el 4 mayo de 1953 deja en claro el interés de Mistral en regresar a La Habana después de su visita de enero-febrero de 1953: “venga Ud. a Cuba. Puede venir sin temor a nada y mucho menos a las consecuencias de ese “escandalito” a que Ud. se refiere y cuyo eco no ha llegado hasta aquí” (Loynaz, 1953a). A esta exhortación, en respaldo de la búsqueda de Gabriela de una destinación diplomática en Cuba, Loynaz añade: “Respecto a su proyecto de establecerse en Santiago de Cuba, yo le aconsejaría que estudiara primero el terreno con los pies en él”.

En muestra de que Gabriela ha estado sondeando a otros colegas cubanos sobre la opción de fijar su consulado en Santiago de Cuba, el 26 de mayo de ese año Jorge Mañach le escribe:

Ahora leo esto que Ud. me dice de que nos la mandan a Santiago. Adivino –casi me lo dice Ud.– que no le hace gracia la cosa. Santiago es caliente, ruidoso, un poco fuera de los caminos del mundo. No, no es lugar para Gabriela Mistral. No tiene nombre que la traten a Ud. así, al cabo de tantos años de darle gloria a Chile y servicios de funcionario honrado (Mañach, 1953).

Viendo tal destinación consular como una especie de castigo a Gabriela por parte del mismo presidente que en su anterior mandato le había cancelado su pensión, Mañach se anima a

explicarlo como el castigo que los “hombres fuertes” (Carlos Ibáñez en Chile, Fulgencio Batista en Cuba) suelen infligir a “la gente de conciencia [...] que no les pone la inteligencia a su servicio”. Poco después matizará su opinión sobre el grado de compatibilidad de Gabriela con esa ciudad, o de esa ciudad con Gabriela, al señalar que “con todos sus defectos de clima y de ambiente, la ciudad tiene sus encantos. La gente es muy cordial, sincera, cálida”. Y termina ofreciendo sus contactos personales para ayudarla a “encontrar allí una casa como la que Ud. desea”.

Otro corresponsal mistraliano de mucha valía en este caso, más que por la relación de compadrazgo que lo une a ella, por su cargo legislativo con acceso a las más altas autoridades diplomáticas de Chile, refuerza la certidumbre de la destinación de ella a Santiago de Cuba, cuando le escribe, en papel membretado del Senado de la República: “Le confirmo mi cable de ayer respecto a su nombramiento en Santiago de Cuba. Hablé personalmente con Olavarría. Me aseguró que su Decreto ya estaba tramitado y que usted, probablemente, ya había sido noticiada por el mismo Servicio” (Tomic, 1953).

Por su parte, el secretario del cónsul general de Cuba en Nueva York se había dirigido a Mistral el 17 de abril de 1953 para, además de pedirle “una fotografía suya autografiada”, felicitarla “sinceramente por haber sido usted designada Cónsul de la amada República de Chile, en Santiago de Cuba” (Díaz de Villegas, 1953). Asunto ya de dominio público, el consulado de Mistral en esta ciudad iba entonces muy en serio. La prensa cubana le había dado bastante cobertura, como se infiere de la sorpresa de una de sus muchas admiradoras ante la noticia de que Mistral ya no iba a desempeñarse como cónsul en la provincia oriental: “Gabriela: su despedida, ofreciéndome la casa de usted cuando yo vaya a New York, me ha entristecido un poco. ¿Significa eso que usted no va a desempeñar el cargo de Cónsul de su País en Santiago de Cuba como reiteradamente anunció la prensa cubana?” (Bartolomé, 1954)¹².

¹² Al respecto, Elizabeth Horan ha sostenido que “El último destino consular que Mistral solicitó (y le fue denegado) la hubiera llevado a Santiago de Cuba, justo a tiempo de vivir la salva inaugural de la Revolución cubana, con el asalto de los rebeldes al Cuartel Moncada” (Horan, 2024, pp. 32-33).

Retomando el hilo del “escandalito” (“Puede venir sin temor a nada y mucho menos a las consecuencias de ese ‘escandalito’”), que fue, al parecer, un freno para que Mistral volviera a Cuba durante 1953, en otra carta –ahora del 10 de junio de ese mismo año–, Loynaz (1953b) intenta restar validez a esa preocupación:

... olvídense de Marinello. Nada ha escrito sobre Ud. en ningún sentido [...] Aquí se le quiere mucho y hasta los comunistas la quieren, sino [*sic*] por ternura, por conveniencia. Además [,] ellos son inteligentes –mucho más que los otros– y saben bien que Ud. en este momento es una tecla que no se debe tocar.

Muy curiosa, al trasluz de la impresión que se llevaría Mistral de su estancia en Cuba durante 1954, es la conjetura de que a ella se la quiere “sino [*sic*] por ternura, por conveniencia”. La distinguida corresponsal seguramente no sabe que para octubre de 1953 el intelectual comunista particularizado por ella ha enviado ya más de dos cartas y telegramas de mucha urgencia a su admirada colega chilena para que esta aclare públicamente unas declaraciones suyas (“declaraciones desdichadas” llega a calificarlas)¹³ a medios internacionales en las que ella habría renegado de cualquier vínculo con un congreso internacional de intelectuales latinoamericanos, cuya idea original sí le habría correspondido, junto con Baldomero Sanín Cano y Joaquín García Monge. Al ser identificado como comunista (en pleno macartismo), ese congreso a realizarse en Chile en 1953, Mistral, que ya había mostrado preocupación por el ascenso del comunismo en Cuba, habría optado por deslindarse de él. He ahí, muy resumido, el “escandalito” que tanto frenó a la poeta en su deseo de volver a Cuba el mismo año del centenario martiano, pues allí hubiera sido impensable no encontrarse con Juan Marinello, antiguo amigo suyo.

En otra carta de Loynaz (1953d) de ese mismo año –13 de diciembre– casi que le da la bienvenida a Gabriela imaginándola a punto de abordar el barco: “Le escribo muy contenta con la noticia que me da de su próxima venida a la Habana”. Un telegrama despachado por

¹³ “La cosa era sencillamente ésta: había hecho usted unas declaraciones desdichadas, en las que no se limitaba a decir que no era convocante [...], sino que repudiaba en esencia la reunión de Chile, tildándola de partidaria y falaz. De esto es de lo que nos dolemos sus amigos, y singularmente yo, tan puesto en entredicho por sus manifestaciones [...]” En ese tono de recriminaciones va esa carta de Juan Marinello a Mistral que concentra, como ninguna otra suya, los motivos de tal diferendo. Cf. Marinello (1953).

Western Union dos semanas después, el 30 de diciembre, no deja ya lugar a dudas de que el viaje es un hecho: “Recibida carta Gabriela ruego decirnos fecha llegada Habana para ir recibirla preparadas cariñosamente casa nuestra habitaciones ella persona acompañante” (Loynaz, 1953e). Así, con sus características omisiones de signos de puntuación, acentos y virgulillas, va ese telegrama enviado por “Dulcemaría Loynaz”, unidos sus dos nombres, en un aparte de las prisas e instrucciones que han de tenerla ocupada en el trasiego doméstico para la fiesta del fin de año 1953.

Si se tratara de un juego de ajedrez, ese telegrama equivaldría a un jaque en esta pesquisa, aunque no fuera mate: el año del centenario martiano está a punto de terminar, y el destino del inminente viaje de Gabriela Mistral está enfilado hacia La Habana. Eso, por la parte de su eventual anfitriona, pues todavía el 29 de diciembre de ese año, Mistral le había adelantado a su amiga Victoria Ocampo: “Yo, mi Vict[oria], debo salir para Cuba por dos cosas: primero, el invierno, que para mí es duro siempre en este país; segundo, porque debo ir a dos conferencias sobre mi país” (Mistral y Ocampo, 2007, p. 234).

Por la parte de quien acompañaría a Gabriela a La Habana esa vez, más de una carta hay en la que puede reconstruirse esa visita desde la etapa de sus preparativos hasta la de su acomodo en la memoria de quienes la hicieron. En una de octubre de 1953, ella, Margaret Bates, profesora del Departamento de Lenguas Romances de la Universidad Católica de América, con sede en Washington D. C., y amiga cercana de Doris Dana, celebra con esta el acuerdo alcanzado con autoridades de su universidad por el cual podrá permanecer más tiempo en Cuba (Bates, 1953a). Ahí mismo le comunica que ha realizado algunas transcripciones para no llevar tantos libros. Menos de una semana después previene a la misma destinataria – asistente y amiga de Mistral, y futura albacea literaria suya– ante la posibilidad de que ocurra alguna falla en llamadas telefónicas de larga distancia “cuando estemos en Cuba” (Bates, 1953b). Y en carta del 28 de julio de 1954, se refiere a ese viaje ya como un recuerdo, interesada como lo está en establecer la duración de cierto patrón de confusiones o distracciones que ha venido observando en la escritora:

En cuanto a que G[abriela] M[istral] no sabía si estaba en un hotel, barco o tren, *a ella le pasó lo mismo en el viaje a Cuba...* Ella estaba usualmente en un barco (siendo

pesimista). De hecho, ella decía que tenía la sensación de ir de cuevas (literas en barcos y trenes) a palacios (el de Dulce María), ella no estaba segura de dónde se encontraría la mañana siguiente (Bates, 1954b, énfasis mío)¹⁴.

Anterior a esa, hay una carta de Margaret Bates a Doris Dana que presenta la peculiaridad, no tanto de estar escrita en español –pues la profesora universitaria se ocupó de literatura en ese idioma y durante años estuvo editando la poesía de Gabriela Mistral–, como de estar dirigida a uno de los gatos (nombrado “Jazmín”) que formaba parte del entorno doméstico de Dana y Gabriela, en la que sobresale más de una referencia a Cuba por sí misma o aludida a través de Fulgencio Batista: “Yo estoy segurísima que te va a gustar este niño [...] él también llegará a ser general, pero un general Batista, un general tipo sargento... tú tienes que ser un primor de general... un general que sabe luchar con aviones de seda” (Bates, 1954c). “General” en promoción casi directa desde el grado de sargento taquígrafo fue, en efecto, el presidente de facto por entonces en Cuba¹⁵.

Pero, acaso más determinante en esta pesquisa sea otra misiva de Bates a Dana, escrita al dorso (e invertida) en dos hojas de papel membretado del Hotel Presidente (“Operated by Presidente Corporation”) en que la profesora universitaria comunica el día de la semana y la hora a la que llegarían a Miami, e informa sobre algunas percepciones recientes de Mistral, como, por ejemplo, la de “la excesiva conversación” (“THE EXCESSIVE CONVERSATION” [*sic*]) que ha empezado a resentir en La Habana, lo cual la ha llevado al extremo de solicitar que no pasen ninguna llamada telefónica a su habitación (Bates, 1954a)¹⁶; o su interés en anuncios de casas y terrenos en Cuba, aun cuando ha caído en cuenta de que ese país ya no se corresponde con el que el que había pensado ella (“she realizes now this is no place for her”) como casa final de su peregrinaje.

¹⁴ “As far as gm’s not knowing whether she was in a hotel, boat or train, she was the same way on the Cuban trip... she was usually in a barco (being pessimistic). In fact she said she had the sensation of going from caves (berths in boats and trains) to palaces (Dulce María’s) she wasn’t sure where she would find herself the next morning” (Versión original).

¹⁵ En otra carta de ella a “Jazmín” le escribe: “Ahora que no eres tan chiquitito y estás rumbo a ser general legítimo [...]”, en lo que podría interpretarse como otra alusión a Batista (Bates, 1954b).

¹⁶ “La gente casi la mata con invitaciones y no hay manera de convencerles de que Gabriela Mistral no es una jovencita.” [“The people almost kill her with invitations and there is no way to convince them that gm is not a spring chicken. Nothing to do but flee.”] Cf. Bates (1954a).

La instalación de ellas dos en el Hotel Presidente, situado sobre la calle Calzada, esquina con G (o Avenida de los Presidentes), en El Vedado, muy cerca del Malecón (“a big room that overlooks the ocean”) y también de la mansión del matrimonio Loynaz-Álvarez de Cañas, deja en claro que ese fue el nuevo alojamiento de ellas, una vez que se les impuso la evidencia de que ya no eran bienvenidas en esa mansión. Bien por su extensión, bien por su complejidad emocional, la emisora epistolar promete a su destinataria contarle la historia completa de Dulce o la dulce historia completa (“the whole dulce story”) cuando ella y Gabriela lleguen a “tierra firme” (así, en español: en contraposición a isla o archipiélago, pero también, metafóricamente, a suelo inseguro o resbaloso, como podría estar resultando Cuba, o La Habana, o El Vedado, en ese preciso momento, para ellas). Si en vísperas de ese viaje Mistral pudo escribirle a Loynaz que le llenaba el corazón una gran dulzura al pensar que Cuba podía ser “el final de mi vagabundaje”, en vísperas de la salida hacia Miami ya sabe que ese no es el lugar con el que se había ilusionado.

Fuera de toda duda ponen ese alojamiento en el Hotel Presidente los comprobantes de pago que se conservaron por servicios o consumos disfrutados por Gabriela y Margaret Bates en ese hotel, como cablegramas, llamadas de larga distancia, alguna botella de agua mineral, además de la habitación donde se hospedaron ambas. La datación de tales comprobantes entre el 21 y el 26 de enero de 1954 devela, asimismo, la duración de ese hospedaje¹⁷ (¿jaque mate?). Ciertamente, esas boletas permiten conocer los gastos realizados cada día en el viaje Nueva York-Habana-Nueva York, con escala en Miami en ambas direcciones.

Hospedadas Mistral y Bates en el Hotel Presidente hasta el 26 de enero, ese día salieron en barco hacia Miami. A Cuba han de haber llegado el 17, pues un día antes habían zarpado de Miami. En ese caso, no habrían permanecido más de cuatro días en la residencia de Loynaz y esposo. Entre los gastos registrados llama la atención uno del 20 de enero consistente en “flores para la esposa de Batista” (“flowers to Batista’s wife”) por 4 dólares, pues eso significaría que Gabriela tuvo algún encuentro formal con la primera dama del gobierno que la había invitado con todos los honores el año antes. Por otra parte, confirma lo intempestiva que fue su salida de la residencia en la que se alojaron a su llegada el hecho de que las viajeras

¹⁷ Cf. Bates (1954c).

tuvieran que contratar dos taxis, en días distintos, para recoger su equipaje y para cargar los libros abandonados allí.

Otros corresponsales de Gabriela en Cuba favorecen la naturaleza histórica de su quinta visita a ese país, desde figuras muy conocidas por su relieve individual en la tradición de los estudios martianos, como Jorge Mañach y Manuel Isidro Méndez, hasta periodistas, admiradores y amigos apenas reconocidos, como la muy interesante Petrona Noda, única entre sus muchas asistentes o colaboradoras nacida en Cuba. Esta pedagoga de formación se refiere, en una carta de junio de 1954, a esa visita como un hecho fuera de toda duda: “Cuando usted estuvo en la Habana, en enero de este 1954” (Noda, 1954). Esa declaración quizá alcanza su veracidad plena cuando se conoce que Petrona estaba al tanto de los viajes de la chilena y hasta de su estado de salud, no solo por medio de la prensa periódica, sino, sobre todo, por sus comunicaciones epistolares o telefónicas con otros miembros de las redes intelectuales cubanas de Mistral, como Mariblanca Sabas Alomá, Dulce María Loynaz o Jorge Mañach, además de la propia Gabriela¹⁸.

En una carta del 25 de enero de 1954 a Pablo Álvarez de Cañas con la que Manuel Isidro Méndez acompaña el envío de un libro suyo y unas cartas conservadas por Rafael Argilagos, destinados uno y otras a Gabriela, el historiador hispano-cubano le escribe: “por la prensa supe que se hospedaba en casa de ustedes” (Méndez, 1954). Enterado también por la prensa periódica, una semana antes, el director del Círculo de Amigos de la Cultura Francesa le había escrito a Mistral para invitarla a la celebración de los 25 años que entonces cumplía esa institución: “Al leer la noticia de su regreso a esta tierra donde tanto la queremos y admiramos” (Dihigo, 1954)¹⁹. Por su parte, el 20 de ese mes la Unión de Poetas y Escritores de Cuba, de la que era vicepresidente el reconocido poeta Emilio Ballagas, le enviaba un

¹⁸ Desde octubre de 1946 hasta mayo de 1947, Petrona Noda convivió con Gabriela en California, a petición expresa de la chilena. Se habían conocido en 1938 durante un viaje de Mistral a Varadero. En la entrevista de 1951 a Gabriela en Rapallo, esta recuerda a Petrona Noda con gratitud por el trato recibido.

¹⁹ Aunque con más de un mes de retraso, otra admiradora de Mistral respalda el cubrimiento periodístico de su llegada a Cuba, cuando le escribe desde Veracruz el 8 de marzo de 1954: “por una revista ilustrada de la Habana, supe que ya estás en mi querida Isla” (Cabrera del Río, 1954).

telegrama con “un saludo y la conjunta admiración de todos sus miembros” (Rubí y Ballagas, 1954).

Por tratarse del intelectual cubano con el que Gabriela Mistral sostuvo una relación de amistad más estable, cordial y duradera, cuenta con especial crédito en esta pesquisa la correspondencia compartida por ella con Jorge Mañach. Pero aun si así no fuera, la carta de este fechada el “sábado, 5 de junio. 1954” resulta muy esclarecedora en el propósito de confirmar la estancia en La Habana de la escritora chilena a inicios de ese año. En ella, luego de dejar constancia de “la brusca partida de Ud.”, abunda sobre el particular:

No sé por qué me imaginé que habrían disentido ustedes a propósito de muchas cosas; hasta me pareció ya advertir esa atmósfera en la casa aquel día en que la visité para almorzar con usted. Mi sorpresa fue grande cuando, tres días después o cosa así, llamé allá por teléfono para verla a Ud. de nuevo y me dijeron que había partido. Ya se imaginará lo defraudado que me sentí (Mañach, 1954).

El autor de *Martí, el apóstol* no solo estuvo en casa del matrimonio Loynaz-Álvarez de Cañas a poco de la llegada de Mistral, sino que almorzó en ella, un dato suficiente para distinguir entre dos estancias de la huésped chilena en esa casa, toda vez que en la previa, coincidente con el centenario martiano, él ni siquiera intentó acercarse, pues intuyó que no era bienvenido en ella debido a la carta pública que él había dirigido en marzo de 1952 al padre de Dulce María –el veterano general independentista Enrique Loynaz del Castillo– en respuesta al espaldarazo que este le había dado al golpe militar mediante el cual Fulgencio Batista se había hecho de las riendas del país²⁰.

Esta vez, sin embargo, además de almorzar en casa de Loynaz y esposo, Mañach quedó al habla con ellos: “Algo prometió decirme la dama de marras, y su damo, sobre las razones de la brusca partida de Ud. Pero nunca llegué a verlos para concretar la promesa.” De mucho interés hubiera sido conocer las explicaciones o “razones” que le habría dado Loynaz en ese momento acerca del “último malentendido” (1957) o del “rompimiento” (1976) suyo con

²⁰ Esa carta puede ser consultada, junto con otra también pública de 1955 dirigida al propio Loynaz del Castillo, en la muy interesante compilación *Los idus cubanos de marzo* (Mañach, 2022).

Gabriela Mistral, por el conocimiento que ella tuvo de primera mano sobre la cercanía afectiva y no solo intelectual entre Mañach y Mistral. Pero esa posibilidad no pasó de “la promesa”. Muy notable, en cualquier caso, es la confianza, si es que no complicidad, de Mañach con Gabriela que documenta esa carta, la cual, desafortunadamente, no llegó a manos de su destinataria cuando esta más la necesitaba.

Del 23 de enero de 1954 data una nota manuscrita en la que el músico Erich Kleifer lamenta que la ilustre visitante no hubiera podido asistir al concierto al que la había invitado, y le renueva la cortesía para el viernes 29 de enero, con el deseo de que para entonces ella se haya recuperado (Kleifer, 1954). Ese viernes Mistral estaba ya en Miami, pero el 23 aún era huésped del Hotel Presidente. Al día siguiente, más animada, ha de haber salido del hotel para recibir, en ceremonia organizada por la Cruz Blanca de la Paz, la “Medalla de Paz en mérito a sus excelsas virtudes pacifistas y destacarse como máxima figura intelectual femenina” que esa asociación de mujeres había acordado otorgarle y para lo cual le habían enviado una carta en la que su presidenta informaba a Gabriela que esperaban contar con su presencia el 24 de enero a las 5:00 pm para imponerle tal distinción (Fernández de Castro de Jardines, 1954).

Indicio firme del paso de Gabriela Mistral por La Habana a inicios de 1954 ofrece también una carta del 21 de enero de ese año en la que su autor, un periodista del programa “Tele-Periódico”, del canal 4 de la Televisión Nacional, hace llegar a Margaret Bates un cuestionario con los cuatro temas que ha considerado de mayor interés para entrevistar a la insigne viajera, justo el día en que Gabriela y Margaret se están cambiando al Hotel Presidente. Aunque el cuestionario era bien intencionado, su resolución cabal podría haber dado pie a indiscreciones: “¿a qué se debió ese nuevo viaje a Cuba (después del centenario martiano): ‘estudios’ (/trabajo) o ‘placer’? (Ubieta, 1954).

Según le había adelantado Mistral a Victoria Ocampo el 29 de diciembre de 1953, el segundo de los motivos de ese viaje era “ir a dos conferencias sobre mi país”. Martí no parece haber estado esa vez en la agenda de la viajera. Mientras que a cada una de las visitas previas correspondió una conferencia que sirve de paso para documentarla (“La lengua de Martí”, 1931; “Los *Versos sencillos* de José Martí”, 1938; “Discurso en el centenario de Martí

1953)²¹, la de 1954 no cuenta con una constancia similar: un motivo más para explicar la invisibilidad de la misma. Esa sería entonces la única visita de Mistral a Cuba que no habría tenido como centro o motor suyo alguna intervención pública en torno a quien ella había calificado desde más de veinte años antes “el maestro americano más ostensible en mi obra”²².

Más allá de Cuba, a otros miembros de sus redes intelectuales Gabriela les compartió detalles que permiten confirmar la realización de ese quinto viaje suyo a la isla. Por una carta de Adelaida Velasco a ella, del 23 de junio de 1954, en la que responde a otra de Mistral del 12 de abril de ese año (recibida seguramente con retraso, como la de Mañach), sabemos del desagradable episodio con que se cerró el alojamiento de Mistral en la residencia de Loynaz y esposo:

... me he indignado del episodio tan poco tinoso [*sic*]²³ de aquella Dulce María de la Habana, pues si la invitó con fines preconcebidos debió siquiera tener la delicadeza que toda dueña de casa, cuando es SEÑORA, tiene con sus huéspedes. [...] Yo no sé cómo ciertas personas hacen sus propias campañas para ganar títulos y honores y ¡qué campañas!... A mí tampoco me gusta Concha Espina (Velasco, 1954).

La formulación sintáctica no permite precisar si la campaña por el Premio Nobel que debió padecer Gabriela Mistral en casa de Loynaz y esposo fue solo a beneficio de la mencionada escritora española. Pero el hartazgo y el consiguiente disgusto de la viajera con ese asunto

²¹ A la escala de julio de 1922 correspondería el artículo que empieza: “En Martí me había sido anticipada Cuba [...] Pero yo no sabía hasta qué punto José Martí expresó a su Isla, con su ardor y sus suavidades inefables, y no sabía, tampoco, hasta qué punto los cubanos todos prolongan en la carne de su corazón estos atributos de la Isla y de su artista: la generosidad, la efusión” (Mistral, 1922), destinado, según su título, a una de las revistas literarias más acreditadas en la historia de Cuba (“Palabras para *El Fígaro*, Cuba”). Ese texto apareció (¿también?) en la revista *Social* en agosto de 1922.

²² Cf. Mistral, “La lengua de Martí”, en Benítez (1998, p. 81), en Llorach Ramos (2010, p. 355) y en Quezada (2017, p. 49), entre otros, pues, acorde con su valía intrínseca (texto crítico-literario de los mejores de su autora), es el considerable número de reproducciones con que cuenta ese texto que ha resistido tan bien su transición desde la conferencia con que se presentó en junio de 1931 hasta el ensayo que nos ha quedado como única forma de conocerlo. Primera consciente del mérito excepcional de ese estudio, Gabriela Mistral hizo más de una edición del mismo en esa década (1932, 1934) y todavía en la siguiente lo estuvo trabajando para la editorial Losada. Véase, para más información al respecto, Sánchez Aguilera (2023).

²³ “tinoso”, así en el original. ¿Errata? ¿O más bien equivalente de ‘atinado’ (a partir del sustantivo ‘tino’: moderación, medida)?

“sueco” sí son flagrantes en cualesquiera de los casos. La sospecha de que el hospedaje ofrecido a la escritora chilena y a su acompañante pudo haber encubierto otros intereses (“fines preconcebidos”) asoma en más de una de las cartas en que Gabriela intercambia en torno a esa historia.

En la recién citada de Mañach aparecía ya ese asunto: “Ahora, su carta me despeja muchas cosas. Y me entera de ésa, tan divertida, relacionada con el premio sueco”, le responde el autor de *Indagación del choteo*. Recién impuesto de la noticia, él no reprime el humor que le suscita: “¿Pero quién le habrá dicho a nuestra poetisa que ella tiene *esa* dimensión?... No; a mí no me han hablado del asunto, y si la cosa saliera a luz, me temo mucho que mi sentido estimativo se sobrepondría a mi patriotismo” (Mañach, 1954). Es evidente que a él Gabriela no le habló de Concha Espina... o tal vez fue la aspiración de su compatriota lo que retuvo la atención de él.

La reiteración temática del “asunto sueco” que tanto contribuyó a las desavenencias que dieron lugar a “la brusca partida” de Mistral, más que de Cuba de la casa del matrimonio que la había hospedado, podría servir como referencia para la datación de todas esas cartas en el año 1954. Por ejemplo, la ya mencionada a Alfonso Reyes podría ser ubicada en ese año por la reaparición en ella del referido asunto: “El comienzo fue muy normal, pero yo –que soy una distraída fenomenal– no me di cuenta de la frecuencia con que esta Sra. me hablaba de Suecia. Y se trataba de eso, solamente de eso, en el convite” (en Vargas Saavedra, 1991, p. 218).

A este miembro de las redes intelectuales de Mistral desde la época de su primera estancia en México (1922-1924), ella le revela, en esa misma carta, otro elemento que ayuda a situar esta en 1954: la identidad de quien la había acompañado en su viaje desde Nueva York a La Habana, y quien, por tanto, tuvo que ser testigo del episodio tan incómodo para todas las partes involucradas: “Dulce averiguó mi ruta y al regreso [...] ella y su marido [...] me echó a mí y a mi compañera, una Profesora de la Universidad Católica de Washington, muy persona, más “beata” que Dulce aun y muy correcta” (en Vargas Saavedra, 1991, p. 217). Margaret Bates es esa profesora estadounidense: en su viaje anterior a Cuba la acompañante

de Gabriela había sido Gilda Péndola, una joven chilena-italiana a quien había conocido en Rapallo²⁴.

Según Mistral, habría sido esta profesora quien le hizo caer en cuenta de que la insistencia por hospedarla en su casa estaba permeada por el interés de sus anfitriones en gestionar el “premio sueco”:

Ni yo misma sino mi compañera me ha hecho darme cuenta de que ese convite de Dulce María no tuvo otra razón que la de obtener de mí una gestión en su favor de la Academia Sueca. Naturalmente que yo pensé eso sería hacer una injusticia a dos y talvez a tres cubanos de categoría y no digamos a mi gente desde México a Chile (en Vargas Saavedra, 1991, p. 217)²⁵.

Resulta inevitable reparar en que, por más que Gabriela Mistral le reconociera talento como escritora, Dulce María Loynaz no figuraba entre sus primeras opciones como candidata al “premio sueco” entre los escritores cubanos.

Capítulo con méritos suficientes para integrar una historia universal de las gestiones probas o ímprobas, formales o indecibles, que se han realizado en aras de conseguir una postulación al Premio Nobel de Literatura²⁶, este cuenta aún con otro ingrediente que mucho lo singulariza: una carta de abril de 1954 en la que Concha Espina (1954a) le agradece a

²⁴ A Alfonso Reyes, en esa carta, Gabriela le comenta que “Mi compañera yanqui se ha venido espantada de las dos bocas criollas, es decir, de nuestros patrones de esos días” (en Vargas Saavedra, 1991, p. 219), impresión que respaldaría, sin saberlo, la propia Margaret Bates por su reacción cuando supo, más de un año después, que un “recuerdo lírico” de Dulce María Loynaz formaba parte de la primera edición de la *Poesía completa* de Gabriela Mistral publicada por Aguilar y editada por la propia Bates: “When I spoke to Joan Daves on the phone I wondered why she didn’t want to tell me who wrote the introduction –dear old Dulce María– as Gabriela would say, ‘por poco caigo de pote’” (Bates, 1958). No sabía ella entonces que tal “recuerdo lírico” había sido leído por Loynaz a inicios de 1957 como homenaje póstumo.

²⁵ Con más claridad tal vez, eso mismo le había explicado a Doris Dana: “El único fin de su convite debe haber sido *sacarme* mi voto en la Academia Sueca, 2 votos, uno por ella y el otro por Concha Espina” (Mistral, [1954]a).

²⁶ “Yo no puedo ahora, según se ve, ir a otro país criollo porque ese P[remio] N[obel] es la obsesión de los escritores pobres o no pobres”, resume la propia Gabriela en carta a Radomiro Tomic (en Vargas Saavedra, 1995, p. 215). Y en otra de 1956 a Victoria Ocampo, que pudiera tener aún más viva esa experiencia en Cuba, le confiesa que “La gente no sabe la sensibilidad grande –exagerada– que tengo yo para el insulto o para el simple odio. Aquel P[remio] Nobel no sólo alejó a varias personas de mí, sino que dejaron de escribirme, y eso dura hasta hoy” (Mistral y Ocampo, 2007, p. 284). De finales de 1953 es el último documento epistolar intercambiado entre Loynaz y Mistral que he hallado.

Gabriela Mistral que hubiera propuesto su nombre a la Academia Sueca. Conocido el categórico y reiterado rechazo de la chilena a respaldar la candidatura de la española, tiene que saltar de inmediato la alarma sobre la veracidad de esa noticia: ¿cambió de opinión Gabriela de manera tan repentina? ¿O podría ser que alguien usara su nombre para atribuirle esa postulación a favor de la escritora española?

En su carta de agradecimiento, Espina dice deberle la noticia de su postulación a Loynaz: “Ilustre y querida amiga: / Por nuestra Dulce María Loynaz, supe hace algunas semanas que había tenido usted el noble gesto de enviar su voto a Estocolmo a favor de una posible candidatura mía para el Premio Nobel” (Espina, 1954a). Así comienza esa carta del todo inesperada (también en esta pesquisa): agradeciendo una acción que nunca realizó la destinataria de tal agradecimiento. Develada queda ahí una comunicación previa entre la escritora cubana y la española por la que esta supo de la presunta buena acción de la tercera implicada, o sea, de la chilena. Si la negativa de Mistral a proponer a Concha Espina para ese premio fue tan razonadamente firme y reiterada ante la propia Loynaz, y esa negativa a su vez dio pie (aunque no fuera el único) al “último rompimiento” (bastante reciente todavía en marzo de 1954) de Loynaz con Gabriela, entonces habría que concluir que fue una falsedad deliberada lo que puso en marcha esa (in)comunicación triangular.

Anciana y muy enferma la escritora española (1869-1955), su amiga cubana habría practicado con ella el tipo de falseamiento que suele llamarse mentira piadosa. En los hechos, Loynaz nunca logró convencer a Mistral de los merecimientos literarios de su representada para ese premio, pero en la percepción de su amiga sí, lo que habría propiciado la satisfacción de esta: “Estoy segura de no obtener nunca ese laurel, [...]; pero la certidumbre de esa negativa que presiento, no me impide de ninguna manera, estimar profundamente el regalo de su ilustre firma, y reconocerle a usted este favor, con toda mi alma” (Espina, 1954a).

Por lo visto, Loynaz no previó que la beneficiaria de su piadoso falseamiento fuera a ser tan testaruda en su voluntad (buena intención también) de hacer llegar por mano propia su agradecimiento a quien, sin embargo, si no la había postulado antes del 21 de enero de ese año, es casi imposible que la hubiera postulado después. Sorprendida seguramente por el indebido agradecimiento epistolar que le enviara Concha Espina, Gabriela Mistral se sintió

en la necesidad de aclararle su posición al respecto, lo que supuso que le contara algo del desenlace de su reciente viaje a La Habana, como se deduce de la siguiente carta que la escritora española destinó a su colega chilena:

Me sorprende y extraña muchísimo la actitud de Dulce María Loynaz a que usted se refiere. Ella me escribía hace tiempo asegurándome que usted había hecho la consavida [*sic*] petición a Suecia. Y más tarde, a ruego mío me enviaba la dirección de usted, porque yo quería darle directamente las gracias por aquel favor (Espina, 1954b).

No es improbable que, en determinado momento de su pertinaz solicitud, Loynaz hubiera buscado ante Gabriela obtener para Concha Espina, más que la postulación misma, la confirmación de una postulación que ya le había comunicado a la española, aun a sabiendas de que no era cierto.

La manzana de la discordia que vino a ser el interés por ese premio de parte de Dulce María Loynaz –fuera solo para otra colega o para ella misma (también)– vuelve a reflotar en una carta de la chilena a una admiradora suya: “Hasta hoy, repito, yo no entiendo nada de todo esto; pero hay algo más: estas personas me pidieron, con vivo interés presentar a la Academia Sueca [,] que es la entidad que da el Premio Nobel [,] la candidatura de Concha Espina” (Mistral, [1954]c). Muy necesitada de hacer conocer su versión personal de esa historia, Gabriela le explica a esa joven destinataria que “Lo ocurrido es complejo y largo de decir; pero Ud. debe saberlo porque en su capital [La Habana] Ud. oirá solamente el lado D[ulce] M[aría] Loynaz”.

En esa versión reaparecen los otros dos personajes recurrentes de esa historia: la profesora de la Universidad Católica de América en Washington D. C. (Margaret Bates, “persona irreproachable”), cuya sola figuración en ella permite ubicar ese episodio en las coordenadas de la visita de 1954; y la escritora y activista cubana Mariblanca Sabas Alomá²⁷, a quien le

²⁷ En la primera mitad del siglo XX es muy rara la escritora e intelectual latinoamericana con un currículum comparable al de la santiaguera Mariblanca Sabas Alomá (1901-1983): participante en el Grupo Minorista, delegada al Congreso Nacional de Mujeres de Cuba (1923), miembro de la Liga Antimperialista y de la Liga Anti-Clerical, impulsora de la Universidad Popular José Martí, fundadora de la Unión de Escritores y Artistas de Cuba (1938), delegada a la Asamblea Constituyente (1940), ministro sin cartera, además de poeta y ensayista, que tomó cursos en las universidades de Columbia y de Río Piedras.

tocó fungir como detonante de la molestia del matrimonio anfitrión con respecto a la intelectual chilena.

Sobre esta última colega, de la que Dulce María Loynaz ni siquiera había querido hablarle a Mistral durante su segundo hospedaje (así de indispuesta estaría con ella), recayó el castigo por una alteración atribuible más al desinterés de Mistral²⁸ que a alguna iniciativa de ella, acaso porque Sabas Alomá era una intelectual que, por su modesta extracción socioeconómica (en comparación con la de “la hija del general”), de tendencia vanguardista en la literatura y en la política, y muy poco sujeta a las convenciones sociales de las que Loynaz no sintió necesidad de emanciparse, la autora de *Poemas sin nombre* reconocía posicionada en sus antípodas.

“Distraída fenomenal”, como se presenta a sí misma en su carta citada a Alfonso Reyes, la muy famosa huésped no tuvo al parecer la precaución de evitar asociaciones con la visita previa de esa amiga suya y hasta quiso recibirla en la casa de sus alarmados anfitriones. En consecuencia: “

Fui echada de esa casa enseguida de haber ocurrido lo que sigue: fue a visitarme a esa casa una vieja amiga mía que hace años me hizo compañía para mostrarme la Habana. [...] El mero acto de haberla recibido me valió algo que nunca viví: la expulsión inmediata, fulminante de esa casa (Mistral, [1954]b).

Si pudiera validarse la fecha asignada a una carta de Gabriela a su compatriota Radomiro Tomic, podría concluirse que el interés por obtener el voto de ella para una postulación al Premio Nobel, si bien arreció en 1954, había comenzado durante su primera estancia en casa del matrimonio Loynaz-Álvarez de Cañas:

Yo no puedo olvidar ni en tres años esa experiencia inefable de salir echada de una casa a la que me llevaron con besitos y abrazos. Y, como lo he contado ya, he salido

²⁸ “Gabriela prescindía de un montón de minucias que en mi vida han sido ley y servidumbre y de las cuales no osaría jamás emanciparme”, afirmó Dulce María en su conferencia de 1957 sobre Mistral (Loynaz, 2015, p. 123). Y en 1991: “Nunca halagó a nadie, decía lo que quería decir sin que nada ni nadie se lo impidiera” (en González Castro, 2007 [1991], p. 70). Al trasluz de la sensación de extrañeza mezclada con asombro que acompaña ambas observaciones, la pregunta en torno a la relación de amistad entre ellas no debería centrarse en el motivo de sus desavenencias, sino en el de su concordancia inicial.

con mi compañera bajo el *humor negro*, *casi furia*, causado por no haber propuesto yo –en seguida– a la Academia Sueca la candidatura de la dueña de casa (en Vargas Saavedra, 1995, p. 215).

Pero bien podría tratarse de la repetición de una misma historia, la de 1954, en dos cartas al mismo destinatario. Por otra parte, la formulación de esa idea no facilita determinar si el voto anhelado por “la dueña de casa” sería para ella misma, o para alguien más, defendido o representado por ella.

En otra carta sin fecha –como lo están todas las relacionadas con esa desafortunada experiencia en Cuba durante 1954– y, como todas ellas también, escrita a mano con grafito, Gabriela conjetura ante una “distinguida colega” (que no parece ser otra que Maribanca Sabas Alomá) sobre el posible motivo que la hizo pasar intempestivamente de huésped bienvenida a persona *non grata* para el matrimonio que la había alojado:

... suelo pensar que su malquerencia puede tener por causa otro asunto. Ella [Dulce María Loynaz] me pidió con insistencia presentar a la Academia Sueca la candidatura de Concha Espina. Yo le di las razones de no satisfacer sus deseos a causa de haber adherido recientemente a la de Alfonso Reyes, el mejor escritor nuestro a mi juicio. Con mi franqueza rasa, yo le añadí que Concha Espina difícilmente obtendría la aprobación de los Académicos. La Academia Sueca, sin ser ultraísta, tampoco es tradicionalista (Mistral, [1954]b).

Y a raíz de esa “franqueza rasa” para fundamentar la negación de su voto a una probable candidatura de Concha Espina al famoso premio sueco,

La D[ulce] M[aría] que me había ofrecido hasta una casa en el campo de Cuba, sin mas [sic] razón que esa mi negativa, me echaba de su casa conjuntamente con mi compañera [,] que es la profesora de Literatura Española en la Universidad Católica de Washington. Salimos ambas y no tuvimos ni aun la ocasión de despedirnos de ellos dos (Mistral, [1954]b)

Al respecto, quizá no esté de más saber que, a diferencia de 1953, esa vez Mistral no había ido a Cuba pensando en hospedarse en casa de Loynaz, pues, según lo explica ella misma,

no quería cargar a esta con la atención que requerían sus varios problemas de salud y, además, deseaba mayor margen de movimientos para sus contactos en la ciudad y andanzas en el campo, “pero fue tan insistente D[ulce] M[aría] –y su esposo también– que mi compañera me aconsejó de quedar en una casa tan grata por ser la de una colega, añadiéndome ella el que yo no tendría su atención para el caso de otro ataque cardíaco” (Mistral, [1954]b).

Versión muy parecida refiere ella a su compadre Radomiro Tomic en una carta correspondiente al año 1954²⁹:

Llegó un día a su casa, a verme, una vieja amiga mía, que no está con el Dictador y que es una persona decente. Enseguida de salir la pobre, esta Sra. me hizo oírle groserías y crueldades respecto de ella y me protestó de la presencia de ella en su casa. Con una violencia de animal y no de la gran Dama que ella se cree (en Vargas Saavedra, 1995, p. 215)³⁰.

Por sentirse más cómoda tal vez, con este destinatario despliega las resonancias políticas que matizaron tan desagradable experiencia: la “vieja amiga” que la visitó era opuesta a la dictadura de Batista, lo cual pudo acrecentar el rechazo de su presencia en esa casa; pero, además, hubo censura explícita:

Aquello de oírme “el que no debía recibir a nadie de la oposición al Dictador”, aquello de que esa Sra. tan talentosa y tan aristocrática me diese la prohibición de recibir a una lista de escritores no siervos, aquello de darme órdenes hasta respecto de la calle –por donde van los más– me dejó alelada. I³¹ dejé Cuba, con mucha pena, después de dar 1

²⁹ Llevado acaso por la idea generalizada de que la última visita de Gabriela Mistral a Cuba había sido la que realizó con motivo del centenario martiano, Vargas Saavedra data esta carta en 1953, a pesar de todos los indicios referidos en ella que respaldan su datación a inicios de 1954.

³⁰ “Groserías” y “maldades”, solo que en singular, conforman el repertorio léxico también de la carta en que Gabriela informa a Doris Dana sobre esa experiencia: “Lo de Dulce María fue esto: Brutalmente y sin choque alguno, dijo a la compañera que nos fuésemos al Hotel. La razón puede ser el que yo hablé con Marie Blanca [sic] una vieja amiga mía a quien ella detesta” (Mistral, ([1954]a).

³¹ Es probable que se trate de un error en la transcripción de Vargas Saavedra, pues Mistral tiende a escribir la conjunción copulativa ‘y’ de una manera muy comprimida a inicios de oración, lo que a veces le da una apariencia cercana a la vocal ‘i’.

conf[erencia] sobre Chile y una lectura de mi Poema de Chile (en Vargas Saavedra, 1995, p. 218).

Colateralmente, por esa carta conocemos algunas de las actividades públicas que Gabriela pudo realizar durante esa publicitada y a la vez discreta estancia suya en la Habana: una conferencia sobre su país natal (de las dos que había anunciado en 1953 a Victoria Ocampo), una lectura de algunos fragmentos de su “Poema de Chile” (como la obra en marcha que era por entonces), a las que habría que agregar la recepción de la medalla que le otorgara la asociación de mujeres Cruz Blanca de la Paz y el encuentro de cortesía más o menos privado con Marta Fernández de Batista.

La “odisea de esos pocos días habaneros”, como designa ella misma su estancia en La Habana del 17 al 26 de enero de 1954, habría sido entonces el quinto y último viaje de Gabriela Mistral a Cuba. Escasamente una semana. Sin embargo, tal como ella volvió a La Habana después de la abrupta salida de 1953, la idea de trasladarse a ese país siguió viva también después de la salida de 1954. Así lo ilustra el anuncio de viaje al parecer inminente que comparte el 1º de agosto de 1955 con la directora y fundadora de la revista *Sur*, por más que este no llegara a concretarse: “Parece que yo debo salir hacia Cuba. Acaba de ocurrir allí una barbaridad, pero debo ir. (Mas, *en este momento*, me llega una orden de quedar aquí, parece que *añadida* a mi Consulado General” (Mistral y Ocampo, 2007, p. 269). Ese conato de viaje hubiera correspondido al sexto, uno más entre los que debieron ser pospuestos o no pasaron del deseo³².

³² Aunque visitas de Gabriela Mistral a Cuba no hubo más después de 1954, el hecho de que haya tantos afluentes de su epistolario sin revisar, y tantas memorias de otros implicados que ni siquiera sospecho, lleva a pensar si esta pesquisa no debiera cerrar, en lo relativo a las redes intelectuales creadas allí en torno suyo con la pregunta: ¿continuará?

BIBLIOGRAFÍA

Bartolomé, A. (1954a). Carta a Gabriela Mistral, enero. Biblioteca Nacional Digital de Chile, Sección de Archivo del Escritor, N° 0004258.

_____ (1954b). Carta a Gabriela Mistral, 26 de febrero. Biblioteca Nacional Digital de Chile, Sección de Archivo del Escritor, N° 0004260.

Bates, M. (1953a). Carta a Doris Dana, 4 de octubre. Biblioteca Nacional Digital de Chile, Sección de Archivo del Escritor, N° 0022055.

_____ (1953b). Carta a Doris Dana, 9 de octubre. Biblioteca Nacional Digital de Chile, Sección de Archivo del Escritor, N° 0022057.

_____ (1953c). Carta a Doris Dana, agosto. Biblioteca Nacional Digital de Chile, Sección de Archivo del Escritor, N° 0022076.

_____ (1954a). Carta a Doris Dana, 28 de julio. Biblioteca Nacional Digital de Chile, Sección de Archivo del Escritor, N° 0022073.

_____ (1954b). Carta a “Jazmín”, 29 de julio. Biblioteca Nacional Digital de Chile, Sección de Archivo del Escritor, N° 0022074.

_____ (1954c). Carta a “Jazmín”, 28 de julio. Biblioteca Nacional Digital de Chile, Sección de Archivo del Escritor, N° AE0022073.

_____ (1954c). Cuentas de hotel, pasajes y documentos conexos. Biblioteca Nacional Digital de Chile, Sección de Archivo del Escritor, N° 0018961.

_____ (1958). Carta a Doris Dana. Biblioteca Nacional Digital de Chile, Sección de Archivo del Escritor, N° 0021066.

Benítez, J. (1998). *Gabriela en la Habana*. LOM.

Cabrera del Río, M. (1954). Carta a Gabriela Mistral. Biblioteca Nacional Digital de Chile, Sección de Archivo del Escritor, N° 0006862.

Capote, Z. (2017). *Loynacianas*. Extramuros.

_____ (2023). Creando lazos, tramando redes: Experiencias cubanas. *Revista Chilena de Literatura*, 108, 17-31.

Depestre Cantony, L. (2004). Gabriela Mistral en Cuba. *Boletín del Museo Gabriela Mistral*, 6, 5-22.

Díaz de Villegas, R. (1953). Carta a Gabriela Mistral. Biblioteca Nacional Digital de Chile, Sección de Archivo del Escritor, N° 0004235.

Espina, C. (1954a). Carta a Gabriela Mistral, 1° de abril. Biblioteca Nacional Digital de Chile, Sección de Archivo del Escritor, N° 0007380.

_____ (1954b). Carta a Gabriela Mistral, 28 de septiembre. Biblioteca Nacional Digital de Chile, Sección de Archivo del Escritor, N° 0007381.

Fernández de Castro de Jardines, B. (1954). Carta a Gabriela Mistral. Biblioteca Nacional Digital de Chile, Sección de Archivo del Escritor, N° 0004248.

Fuenzalida, D. y Farías, R. (2024). *Hacer mi habla (Entrevistas íntegras a Gabriela Mistral (1915-1955))*. Los Perros Románticos.

González Castro, V. (2007 [1991]). *La hija del general: Un encuentro con Dulce María Loynaz*. Loynaz.

Horan, E. (2023). *Mistral. Una vida (Sólo me halla quien me ama)*. J. Collyer (Trad.) Lumen.

Kleifer, E. (1954). Carta a Gabriela Mistral. Biblioteca Nacional Digital de Chile, Sección de Archivo del Escritor, N° 0004255.

Loynaz, D. M. (1953a). Carta a Gabriela Mistral, 4 de mayo. Biblioteca Nacional Digital de Chile, Sección de Archivo del Escritor, N° 0008154.

_____ (1953b). Carta a Gabriela Mistral, 10 de junio. Biblioteca Nacional Digital de Chile, Sección de Archivo del Escritor, N° 0008155.

_____ (1953c). Carta a Gabriela Mistral, 22 de noviembre. Biblioteca Nacional Digital de Chile, Sección de Archivo del Escritor, N° 0008157.

_____ (1953d). Carta a Gabriela Mistral, 13 de diciembre. Biblioteca Nacional Digital de Chile, Sección de Archivo del Escritor, N° 0008156.

_____ (1953e). Telegrama a Doris Dana, 30 de diciembre. Biblioteca Nacional Digital de Chile, Sección de Archivo del Escritor, N° 0008158.

_____ (2015). Gabriela y Lucila. En D. M. Loynaz, *La palabra en el aire* (pp.110-128). Loynaz.

_____ (2016). *Cartas que no se extraviaron*. Loynaz.

Llorach Ramos, E. (2010). *Gabriela Mistral: La herida abierta*. Gente Nueva.

Mañach, Jorge (1953). Carta a Gabriela Mistral. Biblioteca Nacional Digital de Chile, Sección de Archivo del Escritor, N° 0008195.

_____ (1954). Carta a Gabriela Mistral, 5 de junio. Biblioteca Nacional Digital de Chile, Sección de Archivo del Escritor, N° 0008197.

_____ (2022). *Los idus cubanos de marzo*. Carlos Espinosa Domínguez (Comp.). Verbum.

Marinello, J. (1953). Carta a Gabriela Mistral, 1° de junio. Biblioteca Nacional Digital de Chile, Sección de Archivo del Escritor, N° 0008236.

Martínez Malo, A. (2015). Gabriela y Dulce María. Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes. https://www.cervantesvirtual.com/portales/dulce_maria_loynaz/gabrieladulce/.

Méndez, M. I. (1954). Carta a Pablo Álvarez de Cañas. Biblioteca Nacional Digital de Chile, Sección de Archivo del Escritor, N° 0004257.

Mesa García, R. (2015). Gabriela Mistral y Dulce María Loynaz: Una relación compleja. *Baquiana, Revista Literaria*, 16(93-94). <https://baquiana.com/xvi-93-94-enero-abril-2015-opinion-ii/>.

Mistral, G. (1922). Palabras para *El Fígaro*, Cuba. Biblioteca Nacional Digital de Chile, Sección de Archivo del Escritor, N° 0014576.

_____ (1930). Carta al *Diario de Cuba*, 20 de mayo. Biblioteca Nacional Digital de Chile, Sección de Archivo del Escritor, N° 0013120.

_____ ([1954]a). Carta a Doris Dana, s.f. Biblioteca Nacional Digital de Chile, Sección de Archivo del Escritor, N° 0011562.

_____ ([1954]b). Carta a una “distinguida colega”, s.f. Biblioteca Nacional Digital de Chile, Sección de Archivo del Escritor, N° 0011283.

_____ ([1954]c). Carta a Alba Bartolomé, s.f. Biblioteca Nacional Digital de Chile, Sección de Archivo del Escritor, N° 0012297.

_____ (2020). *Bendita mi lengua sea: Diario íntimo*. J. Quezada (Comp.). Catalonia.

Mistral, G. y Ocampo, V. (2007). *Esta América nuestra*. E. Horan y D. Meyer (Comps.). El Cuenco de Plata.

Noda, P. (1954). Carta a Gabriela Mistral. Biblioteca Nacional Digital de Chile, Sección de Archivo del Escritor, N° 0008632.

Padrón, J. N. (2008). Gabriela y Cuba. *Humanitas*, 35, 143-161.

Quezada, J. (2017). *La lengua de Martí y otros motivos cubanos*. LOM.

Rubí, A. y Ballagas, E. (1954). Telegrama a Gabriela Mistral, 20 de enero. Biblioteca Nacional Digital de Chile, Sección de Archivo del Escritor, N° 0004351.

Sánchez Aguilera, O. (2023). “Y cuando lo nombro...”: Gabriela Mistral lee a José Martí. En M. Morales Faedo (Ed.), *Aralia en el corazón (Trabajos críticos en su honor)* (pp. 27-59). Bonilla Artigas.

Sarabia, N. (1981). Palabras cruzadas con Dulce María Loynaz. *Bohemia*, N° 34, 21 de agosto, pp. 16-19.

Tomic, R. (1953). Carta a Gabriela Mistral. Biblioteca Nacional Digital de Chile, Sección de Archivo del Escritor, N° 0009497.

Ubieto, J. (1954). Carta a Margaret Bates. Biblioteca Nacional Digital de Chile, Sección de Archivo del Escritor, N° 0004254.

Valdés de la Paz, O. (1951). Gabriela Mistral y Dulce María Loynaz, las dos grandes poetisas se encuentran en Italia. *Carteles*, N° 38, 23 de septiembre, pp. 78-81.

Vargas Saavedra, L. (Comp.) (1991). *Tan de usted: Epistolario de Gabriela Mistral con Alfonso Reyes*. Hachette, Universidad Católica de Chile.

_____ (Comp.) (1995). *Vuestra Gabriela: Cartas inéditas de Gabriela Mistral a los Errázuriz Echenique y Tomic Errázuriz*. Zig-Zag.

Velasco, A. (1954). Carta a Gabriela Mistral. Biblioteca Nacional Digital de Chile, Sección de Archivo del Escritor, N° 0009742.